

y dejó los veinte canastos por seis colones. Fué preciso ir a rociar el trato a una cantina cercana. Beto quedó sentado a la orilla de la acera al lado de los vendedores de pájaros encerrados en jaulas de caña. El niño esperaba tranquilamente compradores.

Entre las cestitas, las flores de san miguel sonreían alegres en las varas y las moras regaban en torno suyo un perfume agrídulce. Los mosotillos brincaban entre las jaulas y echaban al aire su canto quejumbroso. El niño soñaba con la música de su dulzaina. Ya no se aburriría cuando fuese con el padre a labrar troncos... pues él tocaría y tocaría hasta que su padre le dijese: callate Beto que me tenés loco.

Pero, ¿dónde venderían dulzainas? Así que se desocuparan, su padre lo llevaría a buscarlas.

¿Y los sombreros de Baltasar y Juanico? Y las cintas de sus hermanas tenían que ser del mismo color del cielo... bien, bien.

En esto un tropel de gentes desembocó en la esquina.

¡Dios mío! ¿Qué veía? un *policia* llevaba a su padre quien gritaba desafortadamente.

Echó a correr como un loco y se acercó. Juan Colorado medio borracho, con el sombrero en una mano, lanzaba al aire una salva de gritos alegres, ensordecedores. El contento salvaje que la más pequeña gota de aguardiente ponía a correr dentro de él, salió a las cuatro copas, lo mismo que un torrente por su boca.

—Tata, tata. balbuceó Beto acercándose.

—¡Hola, Betillo! Es mi hijo, señor *policia*. Este señor me lleva porque estoy alegre, Betillo.

Y seguía gritando y haciendo gestos ridículos, insensatos.

Las cestitas, los cuartillos de moras, los tirsos adornados de san migueles, todo se borró del pensamiento del niño que siguió a su padre tembloroso y sollozando.

La puerta del cuartel cerróse ante él y tras su padre.

A Juan Colorado lo llevaron a la sala de los detenidos: allí estaban dos borrachos sentimentales que se abrazaban y se decían palabras tiernas, un muchacho sorprendido robando gallinas y dos mujeres que riñeron en la

calle y que seguían allí insultándose por lo bajo y lanzándose miradas furibundas.

Poco a poco la alegría de Juan se evaporó y ahora dormitaba con la cabeza caída sobre el pecho.

La corneta del cuartel tocó su fanfarria del medio día.

Por los cristales sucios de una ventana, veíase la punta de un pino que crecía en un jardín cercano.

A los dos borrachos les pasara su hora sentimental y miraban ante sí con cara de idiotas.

El pobre hombre comenzó a ver claro en sí. De la hoguera que ardió en su pecho y lanzó chispas por su boca, no quedaba sino un montoncillo de cenizas.

¡Jesucristo! ¿Qué había hecho? ¿Qué diría Natividad? No tuvo tiempo de meditar más. Fueron llamados ante el comisario. En la sala desnuda y fría tras una mesa, un hombre joven con aires de pisaverde, se preparaba a juzgar, puliéndose las uñas. Tenía las manos de una dama.

Comenzó el interrogatorio y la repartición de castigos. Frunció el ceño e irguióse en su silla:

A los dos borrachos, diez colones de multa a cada uno y ya sabían lo que les tocaba si se repetía y los tomaban.

Al muchacho de las gallinas, le fué endilgado un sermón tonto, sin pies ni cabeza, en el cual se repetía a menudo la palabra honradez. Hablaba el juez sin dejar sus uñas que dijéranse hechas de concha nácar. Una semana de encierro.

Llególe el turno a Juan, quien comenzó a balbucear y a llamar coronel al comisario porque lo veía con galones.

—Sí, había gritado porque estaba alegre. Bebió unos *tragos* y después no podía estar con la boca cerrada. Lo debían soltar. ¿Qué habría sido de su hijo Beto? El señor coronel le perdonaría aquella ofensa. El era un hombre honrado. Don Juan Pacheco y don Esteban Solís podían servirle de testigos.

Por lástima y por ser la primera vez, se le impuso una multa de cinco colones, setenta y cinco céntimos, como si